



## Elogio a don Raúl de Roux\*

---

POR TOBIAS DÍAZ BLAITRY

Miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua

---

Me toca hoy cumplir con la grata obligación de pronunciar el discurso de ingreso que exige esta augusta corporación a sus académicos electos.

Dos serán los asuntos sobre los cuales hablaré esta noche. En primer lugar, diré algunas palabras para recordar al querido académico a quien reemplazo: don Raúl de Roux. En segundo lugar, haré algunas consideraciones generales sobre la poesía, con especial énfasis en mi propia experiencia poética.

Comenzaré con dos versos de Luis Rosales, leídos por el director sustituto de esta Academia, don Ismael García S., ante la tumba recién cerrada de don Raúl de Roux:

«y hay algo que no acaba, hay algo vivo  
que no puede acabar al recordarlo...»

La desaparición del académico don Raúl de Roux despertó hondo pesar entre los que lo conocimos. A mí me tocó tenerlo de colega en la Universidad, quizá en el período de oro de su docencia universitaria. Su voz, llena de ricos matices, vibraba por las grandes aulas nutridas de estudiantes.

Pero la docencia que ejerció desde la inauguración de la Universidad era apenas la prolongación de una tarea que se había iniciado en el Instituto Nacional, el famoso Nido de Águilas, a

---

\* Discurso de ingreso como miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua, 24 de septiembre de 1975.

continuación de su graduación en la Universidad de Chile como profesor de Estado. Y la docencia era, por otra parte, solo un aspecto de su brillante carrera dentro de la organización estatal, donde ejerció los altos cargos de ministro de Gobierno y Justicia, de Educación, y de Relaciones Exteriores. O de cónsul general, ministro plenipotenciario, enviado extraordinario, embajador, ante diversos países de América y Europa, o de director general de instituciones como Correos y Telecomunicaciones.

Las diferentes Academias americanas le tuvieron como miembro; famosos institutos y asociaciones americanas le distinguieron y le honraron. No es el caso referirnos ahora a las múltiples condecoraciones que recibió en vida: las más importantes de Panamá, su patria; las más importantes de Colombia, Chile, Perú, Haití, Ecuador, República Dominicana, etc.

El hombre que había sido discípulo en Chile de sabios alemanes como Rodolfo Lenz y Federico Hanssen, realizó una órbita singular a partir del momento mismo en que ocupó la cátedra de Castellano que acababa de abandonar Octavio Méndez Pereira.

La política nacional supo de su tesón e inquebrantable energía. Por todas partes ejerció una influencia que tenía como punto de partida su presencia misma, el receptáculo geométrico que llenaba en vida con corrección y elegancia física, así como era elegante y correcto todo lo que salía de su pluma y de su boca. Sus discursos, sus palabras de ocasión, sus mensajes todos, son ejemplos del buen uso del idioma español, a cuyo conocimiento había dedicado la vida entera y por lo cual la Academia Panameña de la Lengua le hizo miembro de número, honrándose y honrándole en un mismo acto.

Como acontece con todo lo real y percedero, no conocemos en esta vida, los humanos, otro medio de sobrevivir que no sea en la memoria. Viene a nuestro recuerdo la poesía metafísica de Quevedo, el cantor del tiempo, la soledad y la brevedad, todo lo que es humano, *Vita brevis...* Pero en la memoria el pasado se hace presente; la ausencia presencia pura y decantada; la soledad se llena de vida y de voces bulliciosas, y de pronto está el Instituto con sus dos esfinges, vigilando la entrada, y está Octavio Méndez

Pereira, a quien tanto debo espiritualmente; y están los dos Moscotes.

La Universidad se puebla de presencias queridas, algunas ausentes hoy; y Miguel Mejía Dutary, y Ovidio de León, y yo compartimos con don Raúl, Gerardo Córdoba y Augusta Ayala los momentos de descanso entre clase y clase.

Es claro que en todos estos años los antiguos maestros de la poesía, nacionales y universales, han estado presentes. La tradición pesa fuertemente y, de alguna manera, tendremos que reconocer la continuidad del fenómeno poético. Esta vez, como en la cultura en general, los modernos se suben sobre los hombros de los antiguos.

Es imprescindible en este período de la poesía nacional mencionar siquiera de pasada los nombres de algunas figuras claves: Rogelio Sinán, Ricardo J. Bermúdez, Roque Javier Laurenza, Stella Sierra, Elsie Alvarado de Ricord, Guillermo Sánchez Borbón, Eduardo Ritter Aislán, José Guillermo Ros-Zanet, Moravia Ochoa, Pedro Rivera, y otros más cuyos nombres aparecen en todas las antologías nacionales. Es una poesía en cierto sentido experimental, en tanto que continúa la búsqueda de un lenguaje propio. Casi todos alcanzan un alto nivel de competencia. Es obvio, por otra parte, que no es suficiente en una consideración crítica, tomarlos a todos como grupo. No hay caminos rápidos y breves para una consideración de la poesía que se hace en estos tiempos. Como dice M. L. Rosenthal «La poesía solo puede entenderse poema a poema». Pero ¿cómo referirse a un poema a la vez, aquí, esta noche? Es menester *velis nolis* concretarse a hacer algunas apreciaciones de tono general.

En casi todos los poetas que he mencionado, por ejemplo, está ausente esa especie de quietud desapasionada y fría de buena parte de la poesía anterior. Desaparecen los frisos marmóreos, el movimiento seccionado, detenido en vuelo. No se da en ninguno de ellos la visión puramente humanística del mundo. Vivimos, quien más, quien menos, una época en que la brutalidad se hace parte del universo que nos rodea, y este hecho tiene que encontrar su expresión en la poesía y en la literatura en general.

Esa brutalidad aparece a veces expresada en formas simbólicas más o menos complejas. Cuando alguien menciona un hombre que sufre los está mencionando a todos. El sufrimiento y la muerte; la soledad y el desamparo; la fugacidad de la vida y del tiempo... son parte de la esencia del hombre, y todos estos temas están presentes en nuestra literatura.

El político puede y debe tener sus malquerientes. Pero dónde están los que ignoren la obra entera, la vibración exquisita del magisterio de don Raúl, la vida toda redondeada, que justifica el «irse tranquilo» de la frase de Ortega que nos recuerda Ismael García S.

Se fue tranquilo don Raúl y con la misma dignidad que había caracterizado toda su vida. Dejó un sitio vacío aquí en la Academia que solo tomó en préstamo. Quiera Dios que quien me reemplace mañana lo haga con este mismo afecto real, esta consideración auténtica que yo siento ahora, cuando pronuncio este elogio a mi colega, el académico desaparecido, don Raúl de Roux.

### Consideraciones provisionales sobre la poesía

Me gustaría ahora, estimados señores, efectuar algunas consideraciones provisionales, con carácter puramente especulativo, sobre la poesía.

Tengo la impresión de que debo hablar de ella, la poesía, en este discurso de recepción. Creo que, de alguna manera, tiene ella algo que hacer con el hecho de haberseme elegido miembro de esta entidad. Pero ya, desde el primer momento, me doy cuenta de que, en mi caso, hablar de la poesía me obliga necesariamente a hablar de la mía propia, de la que he hecho y de la que estoy haciendo. Y que hablar de ella equivale, también, a hablar de aspectos de mi vida, de algunas de mis experiencias, porque de alguna manera están implicadas en el proceso creador.

Es evidente que no se trata en mi caso de una obra vasta: solo tres libros publicados y dos inéditos. Hablar de ellos en retrospectiva equivale a hablar de treinta y dos años de literatura nacional. Desde *La Luna en la mano*, mi primer libro, a hoy, mucho ha ocurrido en la historia literaria nacional, para que se la pueda

tratar someramente. Si a esto se agregan los cambios ocurridos en la literatura universal, tendremos idea de lo ardua que sería la empresa de referirse siquiera a sus aspectos más importantes.

No todos reaccionamos de la misma manera en la vida y en nuestra poesía ante las desigualdades humanas y los sufrimientos que tienen su origen en el sistema de la organización política y social. Pero en muchos de nuestros poetas aparece el tema de la vida tal como se da en la memoria, erosionada por el tiempo. Hay una sensibilidad común al expresar sentimientos o recuerdos o aspectos de la vida personal. Podemos utilizar en préstamo la expresión «confesional», tan usada en la crítica norteamericana e inglesa. Donde aparece ya no se trata de un pesimismo puramente «estético», más o menos impersonal. Se trata ahora de una dimensión auténticamente existencial.

El lenguaje de la poesía de estos últimos treinta años es más o menos terso, más o menos cuidadoso, pero aquí y allá irrumpe una forma violenta, un dolor llevado al límite mismo de lo soportable, de manera que el lenguaje se torna un poco incoherente y los valores aparecen asaz difuminados.

Buena parte de mi última poesía tiene este aspecto. Hay que advertir, sin embargo, que la expresión «confesional» hay que matizarla. No se trata de un vaciamiento autobiográfico unívoco. Los recuerdos se trasmutan, la visión se torna opaca, la distinción entre el yo y el tú es menos clara y no hay que leer, pues, literalmente, lo que el poeta dice.

Se trata de un proceso de construcción de mitos, imágenes y motivos que revelan la alienación. Es obvio que no toda nuestra poesía la revela de la misma manera o con igual intensidad. Ninguna cualidad única y exclusiva, en verdad, la permea. A veces es el sentimiento del tiempo, de nuestra propia era irremplazable, que nos es dado vivir. Otras veces es el sentimiento inefable del mandato del lenguaje mismo. Aun cuando queremos ser objetivos desarrollamos una especie de empatía psicológica y desembocamos en formas extremas de subjetividad.

Harold Pinter, ha dicho que el lenguaje es «una constante estratagema para cubrir la desnudez». Nuestra psique es vulnerable; el poeta escribe de una manera ambivalente: cubriendo y descubriendo, comunicando y falsificando. A veces

un poema es significativo no tanto por lo que comunica *prima facie* sino por lo que deja leer entre líneas. En el poema siempre somos víctimas, nunca victimarios. Apelamos a la conciencia ajena por comprensión. Presentamos nuestros mundos interiores bajo la luz más insidiosamente construida y reconstruida. Hay un poema mío inédito, «Odio», que trasparenta este juego con la vida, donde se muestra cómo se la toma, a veces, tan a la ligera y nos quejamos de una manera muy egoísta con un sentimiento sensual generado por la dialéctica de las palabras irresponsables:

«Me muevo entre las multitudes  
con un halo oscuro y silencioso.  
Puedo sentir la soledad  
en el aire de la noche.  
La felicidad es una palabra cerrada;  
toco y no responde.

Rabiosa, furiosa  
la cola del cocodrilo  
golpea  
tu cara, tus besos, tus ojos. El odio.»

Hace poco aludíamos a ese doble proceso de descubrimiento y cubrimiento, la constante estratagema propia del poeta. Hay otra cuestión todavía. Es un indicio del esteticismo romántico de la poesía moderna, el hecho de que el poeta de nuestro tiempo trata de descubrir su yo –y no sólo mostrarlo y ocultarlo– por medio de sus aproximaciones poéticas a la realidad circundante. La energía que pone en la construcción de sus visiones, la excitación sensual que se produce en la experiencia de la realidad misma se torna en elementos del yo. Como se ve, no se trata de la mera emisión de sentimientos, sino de inquirir lo que somos. Y también, en cierto sentido, de fabricarnos, moldearnos, construirnos a nosotros mismos.

Ningún acto de creación poética es inútil y gratuito. Como ocurre con el hombre en general, somos lo que pensamos, lo que sentimos. Hacer poesía es un acto peligroso. ¿Nos manifestamos simplemente en la creación poética, o no será que nos vamos construyendo a la propia medida de lo expresado? Los grandes poetas suicidas de la poesía norteamericana de los últimos cinco

años: Sylvia Plath, John Berryman y Anna Sexton, eminentes representantes de la poesía «confesional», son casos para meditar.

Y es que a veces la vida privada misma del poeta se torna en tema importante de sus poemas, especialmente en épocas de crisis psicológicas. La crisis que se expresa puede ser una crisis nacional o cultural. De aquí que, como lo advierte Rosenthal, el idioma de una poesía es a la vez privado y público, lírico y retórico. Cuando nos manifestamos «confesionalmente» exponemos en primer lugar, nuestra condición humana, nuestra especial vulnerabilidad. De aquí el surgimiento de una imaginaria penetrada de dudas, confusión y fracaso.

Pero nuestra poesía solo muy raras veces cobra este aspecto. En general está transida de una voz muy sosegada, cauta y sometida al auto control.

A veces, inesperadamente, nuestra poesía se nos presenta asumiendo como tarea propia la de proponer un mundo, como quiere José Lezama Lima. Ahora bien, como acontece con la poesía en general ese mundo se propone a la consideración del lector a quien en última instancia va referida. La obra artística exige la participación del espectador; la experiencia poética es una relación diádica. Todo lo demás es solipsismo o soledad infrahumana.

Por eso los hermetismos son relativos. Pocos poetas reivindicarán como Lezama Lima su hermetismo poético, «su arte incomprensible pero razonable», según la fórmula de Pascal que gusta de citar.

Para mí todos los hermetismos están condicionados. La poesía propone un mundo; y también propone las claves, lo acompaña de indicios. Todo poema devela y revela su sintaxis.

Es que toda auténtica poesía forma parte de un sistema orgánico. Con los demás miembros, forma un sistema de vasos comunicantes; tocar uno es en cierto sentido aludir a los demás. Un poema aislado es una pieza de un contexto, que se sostiene sola como un ave en la madura brisa; pero que no cobra impulso sino en la compañía de las piezas del sistema, sus congéneres en un determinado momento de la cultura poética.

Con esto queremos decir que para mí la poesía es parte necesaria de la vida, la cual se apuesta en todo auténtico poema.

Es esto lo que se me ocurre cuando pienso retrospectivamente en mis primeros poemas, mi primer asomo a ese mundo secreto de las formas, del ritmo y de la rima.

Que difícil parecía entonces efectuar esa coordinación misteriosa entre materia y forma; entre la palabra densa con su peso específico de significados y la mensura de las sílabas y el acopio el ritmo y la musicalidad. Parece un misterio la producción de un perfecto heptasílabo; de un endecasílabo significativo, como en Quevedo, por ejemplo:

«En el hoy y mañana y ayer junto  
pañales y mortaja, y he quedado  
presentes sucesiones de difunto».

Los jóvenes que se inician en esta hora en que la rima, el ritmo y la medida parecen cosa innecesaria e incluso inaceptable, quizá ignoren la lucha del poetilla que se iniciaba hace veinte o treinta años! Se habían roto amarras, pero no todas. Había que obedecer algunas normas, guiarse por algunos criterios liminares. Había sujeciones y cangilones sobre los cuales teníamos que transitar. Hoy parece que no. Parece, digo, porque en el fondo sigue existiendo la distinción entre poesía y prosa, aunque se hable con razón de prosa poemática, o se sostenga, cometiendo una *contradictio in adjecto*, realizar una «antipoesía».

No hay libertades absolutas. Ni jurídica ni estéticamente. No hay libertad absoluta en *Onda*, de Rogelio Sinán, el libro que abre una época y cierra otra en la literatura nacional. Como toda auténtica obra de arte se echan abajo ciertas vallas, pero se erigen otras. Hay una lealtad que no se rinde, una bandera que no se inclina. Se sigue siendo fiel a la eterna y auténtica poesía.

Nada de lo dicho niega la autonomía verbal del *factum* poético. Se trata, como dice Lezama Lima, «De fabricar naturaleza, no de recibirla como algo dado». En la poesía, como en la literatura en general, rige el principio de la libertad creadora frente a los condicionamientos de un mundo que se distingue por su opacidad primaria.



Esta autonomía verbal desemboca a veces en pura pirotecnia. Domeñada, convierte al poeta en mago, un mago lúdico y lúcido en medio del gran naufragio.

No se trata, desde luego, de decir lo que debe ser la poesía. Como dice T.S. Eliot, cuando hacemos esto lo que tenemos en mente es la clase particular de poesía que deseáramos escribir. Además, ¿quién puede profetizar lo que será la poesía del futuro? A veces es quizá preferible pensar mejor en la función propia de ella tal como se da en la tradición. Es indudable que hay muchas clases de poesía: didáctica, dramática, filosófica... En todo caso, con Eliot estoy de acuerdo en que la primera función de la poesía es dar placer, el placer de comunicar una nueva experiencia o una comprensión de lo aparentemente cotidiano, o la expresión de algo para lo cual las formas corrientes del habla no bastan. Como dice Eliot, toda buena poesía aumenta nuestra conciencia humana o refina nuestra sensibilidad.

Todas estas cosas fueron presentándose como dificultades desde los años primeros de mi formación literaria, hasta tomar el concreto aspecto de una problemática no resuelta de ninguna manera, a la vez que adquiría una renovada conciencia de mis límites, de mis defectos, de lo que pude hacer y no hice, y de lo que hice mediocrementemente y no debí hacer.

De todas maneras, esos años primeros de formación estuvieron llenos de ciertas experiencias positivas: el acceso al mundo de la literatura, especialmente la americana, de la mano de don Miguel Mejía D., por quien penetramos en Gallegos y Azuela y Alegría y Eustacio Rivera. Y también el asomarnos al mundo de la crítica histórica, literaria y política bajo la dirección de don Rafael E. Moscote. Más tarde, don Rodrigo Miró nos proporcionaría los libros necesarios para una lectura disciplinaria. Un sitio especial en el período institutor nuestro lo ocupa don Rogelio Sinán, quien tenía tiempo suficiente para el joven imberbe aún en los momentos mismos en que preparaba las maletas para la India. De allá nos llegarían unas famosas redondillas realizadas gracias a una paciente preocupación didáctica.

Estas experiencias, desde luego, no desembocaron en la formación del héroe, hijo de dioses y mortales como en la

mitología griega, sino más bien en el nacimiento del hombre consciente de sus límites; pero también embebido en la contemplación ocasional del mundo mágico de la poesía.

Esa contemplación, es cierto, ofrecía la posibilidad de un nuevo lenguaje: el auténtico vehículo de las emociones y sentimientos. Pero estas emociones y sentimientos son particulares. No se trata del pensamiento en general. Se trata de aquello que solo es expresable en la lengua materna: la que nos ha sido dada originalmente. Por eso dice Eliot que no hay arte más tercamente nacional que la poesía. Es muy difícil enseñar a alguien a sentir en un nuevo lenguaje. Los sentimientos y emociones que se expresan en un nuevo lenguaje, dice Eliot, no son los mismos sentimientos o emociones. Un lenguaje superior, agrega, raras veces puede ser exterminado salvo que exterminemos la gente misma que lo habla. Razones hay, desde criterios no solamente estéticos, para conservar y luchar por el habla recibida.

Así, pues, hay un aspecto político y social en la poesía, aun en aquella en que esto no es evidente. Al servir primariamente al lenguaje mismo el poeta sirve indirectamente a su propio pueblo. Preservar, extender y mejorar el lenguaje, es, de acuerdo con Eliot, el primer e inmediato deber del poeta.

¿Será esta la razón por la cual el sufrimiento del pueblo, de la gente común, del cual estoy razonablemente muy consciente, no aparezca en mi poesía? Realmente no lo sé. Quede señalado aquí provisionalmente como un intento de explicación.

De todas maneras, creo firmemente con Matthew Arnold que la literatura –y desde luego la poesía– es una crítica de la vida. Una crítica que tiene como instrumento la razón imaginativa. Con esta frase Arnold piensa que cubre la distancia entre la cabeza y el corazón, entre el sentimiento y el intelecto. No se trata desde luego de tomar las opiniones de Arnold literalmente. Se trata de adelantar hipótesis y vislumbrar avenidas. El lenguaje de la poesía no es solo sentimientos o emociones puras, imponderables e incorpóreas. El sentimiento y la emoción son una cristalización de la medida; las espadas afiladas que combaten el caos que amenaza la vida. Un mundo de valores puramente humanos, vale decir prosaicos, está perdido. La

justicia humana no basta; el poder humano no basta. La miseria humana se combate en el reino de lo posible; aquello que no tiene ningún sitio todavía. La auténtica UTOPIÍA.

En la construcción de ese mundo, la poesía –y con ella la literatura en general– tiene una tarea permanente. Es menester que el poeta se torne consciente de ello. Acceder a esa conciencia es quizá, para mí, lo más importante que me ha ocurrido en mi humilde vida de poeta en ciernes.